

CONTINUACIÓN DE LA 25ª SESIÓN ORDINARIA, EL 5 DE SEPTIEMBRE DE 1901

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARIANO DE VEDIA

SUMARIO:—Continúa la consideración del dictamen de la comisión de guerra en los proyectos de ley sobre organización del ejército.

DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Avellaneda (M. M.), Balaguer, Balestra, Barraquero, Barroetaveña, Benedit, Bertrés, Berrondo, Bollini, Bouquet Roldán, Calderón, Cantón, Capdevila, Carlés, Carrasco, Carreras, Carreño, Castellanos (J.), Centeno, Claros, Coronado, Cullen, Dantas, Demaria, Echegaray, Ezquer, Falcón, Ferrari, Gálvez, García, Garzón, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gómez (M.), González, Gouchon, Hernández, Iriondo (M.), Iriondo (U.), Lacasa, Lacavera, Laferrère, Lagos, Lartigau, Lassaga, Leguizamón, Leiva, Loveyra, Machado, Martínez, Moreno, Olivera, Olmos, Outes, Palacio, Panelo, Parera (F. M.), Peña, Quintana, Robert, Roberts, Romero, Rosas, Ruiz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Seguí, Serna, Silva, Soldati, Tissera, Torino, Torres, Ugarriza, Ugarte, Vedia, Videla, Vivanco (P.), Vivanco (R.), Zavalla.

AUSENTES CON LICENCIA

Bermejo, Casares, Ferreyra, Luro, Reyna, Usandivaras, Varela Ortiz.

CON AVISO

Barraza, Billordo, Bores, Bruchmann, Carbó, Morel, Helguera, Loureiro, Sarmiento, Villanueva.

SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Belderrain, Castellanos (A.), Fonrouge, Parera (R.), Pérez, Rivas, Santamarina, Yofre.

—En Buenos Aires, á 5 de septiembre de 1901, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados, el señor presidente declara reabierta la sesión, siendo las 3 y 30 p. m.

ORDEN DEL DIA

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Sr. Presidente—Continúa la discusión en general del proyecto sobre organización militar.

Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Demaria—Señor presidente: creo haber demostrado ayer que el ejemplo de Inglaterra no nos es aplicable. Paso á considerar el de los Estados Unidos, que ha sido invocado también como argumento y como antecedente, incluyéndolo entre los países que no han adoptado el servicio obligatorio.

Los Estados Unidos tienen, geográfica, política y económicamente una posición especialísima. No tiene fronteras territoriales peligrosas: por un lado está el Canadá, de quien jamás puede temer una rápida agresión; por otro lado, México, que se encuentra en las mismas condiciones.

Además, señor presidente, dado el desenvolvimiento que ha tomado allí la política imperialista, es el ejército colonial el único que en realidad aquella nación necesita hoy ó ha de necesitar en el futuro, y estoy completamente conforme con las ideas desenvueltas por el señor miembro informante de la mayoría de la comisión respecto á que

los ejércitos coloniales deben ser com-
puestos, al menos en su gran mayoría,
por enganchados.

Por otra parte, el poder económico de
aquel país hace que una guerra con
cualquiera de sus vecinos sea una sim-
ple cuestión de policía, no una cuestión
militar, lo que no lo obliga á tener
preparada la masa nacional; tendrá, en
caso de necesidad, el tiempo suficiente
para efectuar la organización é instruc-
ción de sus hombres. Lo que los Esta-
dos Unidos necesitan es poder naval, y
se están preocupando en este momento
de adquirirlo, dando á su escuadra todo
el desenvolvimiento que les es posible.

De manera que también puedo recusar
con argumentos incontrovertibles el
ejemplo de los Estados Unidos.

Pasemos ahora á estudiar el origen
del servicio obligatorio en todas las
naciones de Europa. Haré una enumera-
ción muy rápida, para no molestar dema-
siado la atención de la honorable cámara.

Dijo ayer el señor miembro informan-
te de la mayoría de la comisión—no
recuerdo bien sus palabras, pero con-
servo, sí, el espíritu de su frase—que el
servicio obligatorio había sido adoptado
en Europa principalmente por razones
políticas, para facilitar la unidad nacio-
nal, para amoldar y fundar los diversos
elementos étnicos que forman parte de
algunas de las nacionalidades actuales.

Y bien, señor presidente, creo poder
demostrar, con hechos históricos, abso-
lutamente incontrovertibles, que este
es un error de concepto. El servicio
obligatorio es la forma moderna; se
adoptó en Prusia cuando Napoleón li-
mitó el número de hombres que aquel
país podía tener como efectivo perma-
nente á 42.000 hombres, y entonces Sha-
ruhost, el verdadero creador del ser-
vicio obligatorio, en la forma presente,
lo proponía á Federico Guillermo III,
como el único medio de mantenerse
dentro del número de hombres impues-
tos por Napoleón y de no pasar del
efectivo de 42.000 hombres: era hacer
la instrucción y organización militar de
todos los hombres válidos para la gue-
rra en Prusia.

Este sistema produce admirables re-
sultados allí, con su perfeccionamiento
sucesivo.

Y antes quiero referirme, señor pre-
sidente, al informe con que la mayoría
de esos jefes, militares de alta gradua-
ción, de Federico III, se oponían al pro-
yecto de Sharuhost.

Y, señor presidente, por una espe-

cie de extraña coincidencia, están en
ese informe refutados por los hechos
y por el éxito presente todos y cada uno
de los argumentos que se han expues-
to en esta cámara y en la discusión pú-
blica de los diarios en contra del ser-
vicio obligatorio.

El Austria sólo lo adopta en la prác-
tica después de la terrible lección de
Sodowa. Y tan no se habían dado
cuenta los profesionales de la Europa
de las ventajas de este sistema, que
cuando se hizo la declaración de gue-
rra, nada menos que el ilustre gene-
ral Jomini profetizó la derrota de la
Prusia, diciendo que las filas de su
ejército estaban compuestas de hombres
de distinto origen, de distinta instruc-
ción y de distintas condiciones, lo que
sería un fermento continuo de indis-
ciplina y que esas tropas debían ser for-
zosamente derrotadas. Y pocos días des-
pués Sodowa le dió la respuesta.

¿Cuándo lo adoptan los franceses en
la forma actual?

Después del 70, después que apren-
dieron con Sedán, con la segregación
de dos de sus provincias, con la frag-
mentación nacional, lo que valía el ser-
vicio obligatorio.

¿Cuándo lo adopta la Italia?

Cuando la necesidad de los armamen-
tos que la política en Europa se lo im-
pone.

Es indiscutible, señor presidente, que
la Italia y el Austria han aprovechado el
servicio obligatorio, impuesto por razo-
nes militares, para contribuir á hacer su
unidad política, fundiendo en un mismo
molde esa alma nacional á que se refe-
ría el miembro informante de la mayoría,
haciendo servir en los mismos regimien-
tos á los hombres de distinto origen y
de distintas provincias.

Pero la Italia, señor presidente, ya
hace tiempo que empieza á abandonar
ese sistema; ya ha organizado todas sus
tropas del norte sobre la base del siste-
ma regional más completo, é irá poco á
poco organizándolas á todas.

La Francia, que también al principio
estableció el sistema nacional de reclu-
tamiento, ha ido lentamente en la prác-
tica abandonándolo, hasta llegar hoy á
un perfecto sistema regional.

Veamos cómo se produce esta trans-
formación. El principio legal era el del
sistema de reclutamiento nacional; pero
el estado mayor, por razones militares,
fué presionando poco á poco el espíritu
de los ministros de la guerra y hacién-
doles entrar por el nuevo camino.

Cuando se hizo la discusión de la ley del 89 en la cámara de diputados, pasó allí el proyecto; votándose el artículo del reclutamiento en una forma absolutamente regional, siendo en el senado combatida esta parte por el mariscal Canrobert y por el general Billot, no por lo que en ella se establecía propiamente, sino porque entendían que era necesario dejar al ministerio de la guerra la mayor latitud en esta materia.

Y por esa razón, señor presidente, no se adoptó la resolución de la cámara de diputados. Freycinet, el ilustre ministro civil que había sostenido el sistema nacional, al principio, declaró que, cediendo á la presión de los militares, á la presión del estado mayor, él se veía obligado á pedir al senado que se votara el reclutamiento regional, á pesar de haber sostenido antes el otro sistema.

Ahora; en Francia, está establecido en absoluto en la práctica. Sólo se exceptúan los cuerpos especiales: los electricistas, que se destinan á la artillería de fortalezas; los veterinarios, á los cuerpos montados, y los empleados de puentes y calzadas, al cuerpo de ingenieros; pero todo se halla establecido conforme al sistema regional.

De manera que no es una necesidad política; no es la necesidad de fundir en un solo molde el alma nacional, lo que ha aconsejado la adopción del servicio obligatorio; han sido las necesidades militares, aprendidas en lecciones muy sangrientas; y lo que yo deseo es que nosotros aprendamos en esas lecciones ajenas y no esperemos aprender en las propias. (*Muy bien! muy bien!*)

Además; y pasando á replicar otro de los argumentos hechos por el miembro informante de la mayoría, recordaré que él dijo que el sistema del enganche había fracasado porque se hacían los enganches directamente por los jefes de cuerpo, y que el enganche hecho por las oficinas de reclutamiento, dependientes directamente del estado mayor, no había fracasado.

Me parece que esas fueron sus palabras, ó por lo menos, su espíritu.

Yo pregunto, señor presidente: ¿no es hacer depender de una cosa muy pequeña y muy nimia el fracaso de ese sistema? ¿No están todas las razones de lógica, todas las razones que fluyen de lo que es la naturaleza humana, en lo referente á esta materia, á favor del sistema del enganche hecho directamente por los jefes del cuerpo, que son los que van á tener que estar en con-

tacto diario con esas tropas, y por lo mismo, los que van á tener el mayor cuidado en hacer bien el enganche, haciendo una buena selección del soldado? ¿Quién puede tener mayor interés directo, personal, inmediato, en que el hombre enganchado esté en buenas condiciones? ¿El jefe que lo va á tener en su cuerpo, ó el jefe de la oficina de reclutamiento establecida en la capital de la provincia y que no tiene más misión que enganchar al soldado y mandarlo al cuerpo á que correspon-da?

La contestación está en la naturaleza de las cosas; es el jefe del cuerpo el que tendrá más interés en que el enganche sea bien hecho. Y sin embargo, ese sistema ha sido declarado fracasado por el señor miembro informante de la mayoría de la comisión.

Además, señor presidente, tenemos el otro sistema, y á su respecto se pueden citar los informes de todos los jefes de cuerpo, las notas del general Godoy que hemos oído ayer, y yo pido permiso á la honorable cámara para referirme á un caso de experiencia personal, de cuando el señor miembro informante de la mayoría era jefe del estado mayor del ejército.

El actual diputado que le replica había tomado parte en la primera movilización de conscriptos que se hizo en Currumalán, como capitán de compañía del batallón 4º de la brigada de Buenos Aires, al mando de uno de nuestros más distinguidos jefes de guardia nacional, el comandante Marcelo Alvear.

Formábamos regimiento con el batallón 4º de línea, mandado por el distinguido comandante Tiscornia. Hicimos allí vida de campaña durante dos meses. Allí nos fortificamos: hicimos ese *training* especial que resulta de la vida de campaña, y cuando volvimos de la sierra de Currumalán, donde estábamos acampados, al pueblito de Pigüé, haciendo una marcha de cuatro leguas nada más, nuestro cuerpo de conscriptos no tuvo un solo rezagado durante el camino, y el 4º de línea, batallón compuesto exclusivamente por el sistema de enganche, en esa marcha de cuatro leguas dejó treinta y dos rezagados por el camino. (*Aplausos en la barra*).

Llegamos á Pigüé, señor presidente, á las tres de la tarde. Acampamos; se dió franco al batallón y sólo quedaron en el campamento los que tenían que hacer servicio; todos los demás conscriptos se repartieron en el pueblo de

Pigüé. Pero en el 4º de línea, señor presidente, no pasó eso. Los que habían llegado no salieron; se quedaron allí fatigados, sin contar los treinta y dos hombres que quedaron rezagados por el camino, como he dicho.

Si todos estamos conformes en que la resistencia es un elemento principal, vital, indispensable en el soldado, y si un cuerpo no puede hacer una marcha de cuatro leguas en un día, yo pregunto: ¿para qué sirve ese cuerpo?

Ahora, señor presidente, para terminar con el sistema de reclutamiento, en el que ya me he detenido tal vez más de lo que yo me había propuesto, voy á limitarme á manifestar á la cámara que los señores diputados que piensan que es necesario conservar el enganche con la extensión que le da la mayoría de la comisión, no por esa razón deben ser enemigos del proyecto del poder ejecutivo, si en el curso del debate conseguimos llevar á su convencimiento que el sistema de instrucción y organización que propone el poder ejecutivo es más amplio y más completo que el que ella propone, porque también en el sistema del poder ejecutivo se mantiene los enganchados para los servicios especiales, limitándolos á mil quinientos. Los que piensan que es necesario conservar enganchados en mayor número,—si como decía, los convencemos de que el proyecto del poder ejecutivo instruye y organiza mejor,—en la discusión en particular podrán exponer sus ideas y sostener que en vez de mil quinientos se pongan dos ó tres mil, ó los que el monto del presupuesto permita y las necesidades exijan; pero creo que no son nuestros enemigos, que no son adversarios del servicio obligatorio, del principio doctrinario de que cada hombre debe ponerse en condiciones de defender á su patria y debe recibir la preparación necesaria, los que creen que el sistema del enganche puede dar todavía algún resultado.

El momento de tratar de ese punto será la discusión en particular. De manera que á efecto de la discusión en general, debemos concretarnos á estos dos puntos: cual de los proyectos da mejor instrucción, cuál de los dos da mejor organización.

Sr. Capdevila—Para facilitarle su informe ¿quiere permitirme una observación?

Sr. Demaría—Con mucho gusto.

Sr. Capdevila—Si esos enganchados no son capaces de resistir ni si-

quiera la fatiga de una marcha de cuatro leguas, como lo acaba de decir el señor diputado ¿por qué el poder ejecutivo va á usar de esos mismos enganchados para la instrucción de la tropa? (*Aplausos en la barra.*)

Sr. Presidente—Prevengo á la barra que le está prohibida toda clase de manifestaciones, y observo al señor diputado por la capital que no debe interrumpir al orador.

Sr. Demaría—No me incomodan las interrupciones del señor diputado y por eso no tengo inconveniente...

Sr. Presidente—Pero la presidencia lo tiene y debe hacer cumplir el reglamento.

Sr. Capdevila—He pedido permiso al señor diputado y creo que estoy dentro de las prescripciones del artículo 145 del reglamento.

Sr. Presidente—No basta el permiso del orador; es necesario la vénia de la presidencia, que la hubiera dado en este caso complacida y que sólo hace esta observación con el objeto de regularizar el debate para lo sucesivo.

Sr. Demaría—Me alegro mucho de la interrupción del señor diputado porque ella me da la oportunidad de aclarar mi pensamiento. En el proyecto del poder ejecutivo se reservan esos mil quinientos enganchados para hacer los servicios especiales que realizan las tropas coloniales en Europa, para hacer los servicios de policía de las fronteras, para no mandar á ellas á los conscriptos; y se conservan los voluntarios y enganchados, como se conservan en todos los ejércitos del mundo, para los cuadros de clases, para los cabos, sargentos y suboficiales, y así lo establecen los dos proyectos. Al hablar de enganchados, que motivó la observación del señor diputado, me he referido y me refiero al enganchado soldado, el que llega al ejército en esas especiales condiciones que acabo de establecer; no es el cabo, no es el sargento, no es el suboficial instruido, preparado en forma especial, y á quien se dan inmensas ventajas en los dos proyectos, pero más en el del poder ejecutivo, á objeto de estimular su permanencia en las filas. Son cosas distintas, y me alegro de la interrupción del señor diputado, porque me da la oportunidad de aclarar bien este concepto.

Quiero terminar, señor presidente, la parte de mi exposición relativa al reclutamiento, recordando las palabras de un ilustre general alemán: «Cuando

se trata de instituciones políticas, debemos mirar dentro de nosotros mismos, en nuestro propio país; pero cuando se trata de instituciones militares, la prudencia y la previsión nos aconsejan mirar, no dentro de nosotros, sino alrededor de nosotros mismos, para ponernos á su altura.»

Paso ahora, señor presidente, después de hacer el estudio del reclutamiento, es decir, de la materia prima de que se va á componer nuestro ejército, á hacer el estudio comparativo de los dos proyectos del punto de vista de la instrucción para pasar en seguida al de la organización.

Bien, señor presidente; ayer el señor miembro informante de la mayoría de la comisión, en su elocuente discurso, nos decía, ponderándonos las ventajas del sistema suizo, que en Francia había en este momento entre los escritores militares una verdadera propaganda favorable á la adopción de ese sistema.

Yo niego terminantemente el hecho.

No hay ningún autor militar de importancia que sostenga la aplicación á la Francia del sistema suizo; y no vacilo en hacer esta afirmación categórica y terminante. No ha de encontrar el señor miembro informante de la comisión, que toma la nota de estas palabras, autores militares franceses serios y con autoridad que sostengan esa tesis. Ha de encontrar, sí, los que ya nos ha citado, ha de encontrar á Moch, que es el pseudónimo del comandante Pacient, y otros de esa naturaleza.

El capitán Moch, empieza su libro diciendo: «En efecto, los estudios que reunen en folleto, con algunos desarrollos complementarios, han sido escritos á pedido de *La Petite République*.» *La Petite République* es el órgano del socialismo francés, el órgano de la asociación internacional fundado por Karl Marx, de los partidarios del desarme, y si bien podemos ser en teoría partidarios del desarme, partidarios de la federación universal, que es el objetivo á que tiende la humanidad y á que tal vez llegue algún día dentro de muchos cientos de años, no podemos exponernos á los peligros de embarcarnos en esas corrientes mientras nuestros vecinos se arman con método y seriedad prusiana.

Yo niego el derecho de beber en esa fuente; niego el derecho de plantar su tienda en el campo del desarme al distinguidísimo miembro infomante de la mayoría de la comisión, al veterano del

Paraguay que está á mi izquierda, y se lo niego también al otro oficial brillante de nuestra caballería en esa guerra memorable que firman el despacho de la mayoría: no tienen derecho á inspirarse en los partidarios del desarme cuando se trata de hacer la organización del ejército argentino. (*Muy bien! Aplausos*).

Voy á citar dos ó tres pequeños párrafos de Moch para que la cámara se dé cuenta de cuál es un espíritu, y después voy á demostrar que en el proyecto no se exige ni siquiera las condiciones para la organización que el mismo Moch considera indispensables.

«El ejército permanente ha hecho su tiempo ¡Viva la milicia nacional! Ese es el lema de Moch, y agrega: «Y este apóstrofe se dirige igualmente á nuestros compatriotas europeos de otras naciones.»

Es un francés que tiene compatriotas alemanes, señor presidente. Divide á los hombres en belicosos y partidarios del armamento; y en pacíficos, entre los que él se encuentra, partidarios del desarme. Sostiene que como medio de llegar al desarme hay que pasar de las organizaciones militares ofensivas á las defensivas. Y como es un hombre inteligente y hábil, no lanza su afirmación así no más: hace simpática su bandera ante el mismo socialismo, diciendo: «vamos al armamento defensivo, como medio de llegar después al desarme.» Y establece el principio fundamental siguiente: «máximum de poder defensivo, al precio del mínimum de cargas militares.» Dice que esa es la bandera del socialismo.

Además, agrega, «el problema de una buena organización militar defensiva se impone por un largo tiempo.» Sigue así insinuando sus teorías poco á poco... pero me parece que sería casi inútil seguir haciendo citas. Ya he conseguido llevar al ánimo de la cámara el convencimiento de la importancia que puede tener Moch como autoridad en materia de organización militar. Cuando entremos al detalle veremos como Moch, al pedir la aplicación del sistema suizo, exige, como condición previa de la aplicación de ese sistema, el establecimiento de una gran cantidad de instituciones que no tenemos en el país, y que necesitaríamos, cuando menos, veinte años para estar en condiciones de aplicar el sistema.

La diferencia fundamental en esta materia ha sido establecida por el mismo

miembro informante de la mayoría. Ha dicho: instrucción militar contra servicio militar. Esta diferencia corresponde á los dos tipos: el ejército escuela (instrucción militar), y el ejército, instrumento de combate (servicio militar).

El ejército, instrumento de combate, que es más amplio, comprende al ejército escuela; pero el ejército escuela no comprende al anterior. No lo comprende tampoco el mismo proyecto de la mayoría, como voy á demostrarlo en seguida.

Pero empecemos por la instrucción.

Veamos en qué condiciones puede hacerse esa instrucción. El proyecto de la mayoría es absolutamente inspirado en la ley suiza.

Prescindiendo de la diferencia de extensión de territorio,—Suiza, como decía ayer, tiene apenas menos de 20.000 kilómetros poblados, mientras que nosotros tenemos una extensión inmensa de territorio,—lo que parece indicar á primera vista que deben ser distintos sistemas los que se necesitarían; prescindiendo de eso, digo, es bueno tener presente otra cosa: la forma como en Suiza se cumplen las leyes, el espíritu de obediencia á la ley, que está inculcado en el alma de ese pueblo.

Yo recuerdo la impresión que me hizo, siendo todavía muy niño, ver en los parques públicos en Suiza un letrado en varios idiomas, que decía así: siendo este parque propiedad de la República, se pone bajo la salvaguardia de todos los ciudadanos. Y no hay un solo guardián en esos parques! ¡Desgraciado del extranjero, que ignorando las prácticas de aquel pueblo, arranque una flor ó pise los céspedes del parque! El primer suizo que pase lo toma de un brazo, lo entrega al policiano y lo manda detenido. En ese pueblo se pueden hacer muchas cosas que desgraciadamente pasarán muchísimos años antes de que podamos hacerlas aquí.

Además de la diferencia de extensión de territorio, veamos si las instituciones políticas permiten aplicar aquí el sistema suizo, porque es bueno aclarar ciertas ideas que han producido confusión en la generalidad del público, que no tiene preparación especial en esta materia.

Se dice que en Suiza existe el sistema federal como aquí; luego, se deduce, nosotros podemos aplicar el sistema militar suizo.

Y bien, en materia militar, el sistema federal no existe en Suiza, como se

puede demostrar con cincuenta artículos de la ley militar de aquella nación. No los citaré en detalle, sino en conjunto.

Todo lo que se refiere á la milicia, salvo ciertas partes de aplicación y de ejecución, depende del consejo federal central, es decir, del gobierno general. Las autoridades cantonales son meros instrumentos ejecutores de las órdenes del poder nacional; y cuando llegan á no cumplir algunas de esas órdenes, sea en absoluto, sea en detalle, inmediatamente el poder federal procede á cumplirlas por sus propios agentes, con sus propios medios, directamente. En materia militar hay un verdadero centralismo en Suiza.

Las tropas están divididas, es cierto, —y este es el único argumento que se puede invocar en favor de que allí existe el federalismo militar— del punto de vista de las edades y de la organización, en la *élite*, que la forman doce clases y la *landwehr* que la forma el resto, y del punto de vista de la organización están divididas en cantones. Las tropas nacionales son mínimas, son nada más que los cuadros; pero cada cantón tiene la obligación de tener la cantidad de tropas que le imponen las leyes federales y en las condiciones que les marcan las mismas.

La división regional del territorio y el principio del reclutamiento y de la reserva regional está llevada á los últimos extremos. Esta división la hace el poder federal; simplemente se dirige á los cantones á efecto de que informen sobre la cantidad de hombres que cada distrito, compañía, batallón ó regimiento pueda suministrar para el reclutamiento. Este nombra también á los oficiales, nombra á los jefes por medio de un ingeniosísimo sistema en que se han combinado los intereses generales con los particulares; nombra también las clases, porque las clases son nombradas por los capitanes á propuesta de los oficiales; los oficiales son nombrados por el jefe del batallón, de acuerdo con el jefe de la región, que es nombrado por el gobierno central, y al jefe del batallón lo nombra el jefe de la región con los jefes de brigada, combinando siempre para el ascenso la opinión del superior inmediato con la del más alto superior gerárquico de la región; de manera que por este medio va prolongándose la influencia federal.

Los diplomas ó certificados de instrucción necesarios para ser oficial son

federales, los diplomas, hasta de las clases superiores, son federales; de manera que existe un verdadero centralismo militar.

El enrolamiento lo hacen los cantones en la forma establecida por el gobierno federal, é interviniendo éste en cualquier momento en que note una irregularidad. Y debido á la mínima extensión del territorio ha podido llegar á esto, que parece ser hoy el ideal del progreso supremo en materia de organización militar: la fijeza constante de los efectivos. Cada capitán de compañía es responsable de la existencia del efectivo de la misma, en todo momento; él tiene la obligación de vigilar constantemente si los hombres enrolados en su compañía están ó no allí, si se mudan sin cumplir la obligación que la ley establece de dar cuenta para ser anotados en otra compañía, y si fallecen para ser reemplazados; en fin, cualquier alteración que pueda producirse. E inmediatamente que hay una alteración en el efectivo, deben por el mecanismo establecido allí, dentro de la misma región, buscar que se complete; de otra manera tiene la obligación de dar cuenta inmediata al jefe de la región á fin de que éste imponga que ese hombre venga, para que exista siempre la fijeza absoluta de los efectivos.

Pero todavía hay más. Empezemos por el soldado.

A los diez años, el ciudadano suizo —lo llamaré así— tiene la obligación de asistir á un curso de gimnasia militar, que se repite periódicamente durante diez años, desde los diez hasta los veinte, y que es dado por una clase especial de instructores, que se llaman regentes, formados en una escuela nacional, con diploma nacional y nombrados por el gobierno nacional, gobierno federal, allí; y esos regentes dictan los cursos de gimnasia militar y en esos cursos entran la mayor parte, casi todos los elementos de la escuela del soldado.

En los últimos años, en ese curso de gimnasia militar se les enseña también el tiro; de manera que cuando el hombre viene á los veinte años á pasar por el período de movilización de cuarenta y cinco días, ya viene instruido, ya viene siendo un soldado.

Consigamos aquí establecer estos cursos, consigamos en este país, donde la instrucción primaria depende de las provincias, obligar á dar esta instrucción, obligar á todos los hombres á pasar por estos cursos preparatorios, obligar-

les á asistir á los cursos y academias de clases y nombrar los oficiales de la guardia nacional, como se nombran en Suiza; dejemos al poder nacional, como en Suiza, todo lo que se refiere á la organización militar, tengamos jefes y oficiales, y entonces tendremos ocasión de discutir la aplicabilidad de la ley suiza en nuestro país. Pero mientras estas cosas no se realicen, no podemos tomar la cúpula, el coronamiento, que es la instrucción de cuarenta y cinco días, cuando no tenemos ni las paredes, ni los cuimientos.

Ahora, señor presidente, veamos en la práctica cómo sería esta instrucción de tres meses que proyecta la mayoría de la comisión.

Dentro del espíritu que informa su proyecto, que tiene forzosamente que servirnos de fuente de interpretación, se dice que la mayoría de los hombres enganchados será para el servicio de fronteras, y tendremos como medios de instrucción los cuadros de instructores que están establecidos en los dos proyectos.

Este cuadro de instructores, en el proyecto de la mayoría, tendrá que ir á dar la instrucción en esas movilizaciones de tres meses. Pero es que no alcanzarán nunca, sin traerlos á los cuerpos, para dar instrucción á todas las clases.

Recuerdo esa movilización de Curru-malán, á la que me he referido, y que muy difícilmente podrá repetirse, porque muy difícilmente podrá repetirse en el país el estado de espíritu que había en ese momento, para que cada hombre, jefe ó soldado, pusiera el máximo de su esfuerzo y trabajo en el sentido de la instrucción, cosa difícil de conseguir, á no ser que medie el presentimiento de que esa instrucción va á completarlo como instrumento de combate que él mismo va á utilizar. Aunque se repitiera ese estado de espíritu, ¿se reproducirían los beneficios de aquella campaña de instrucción?

Como capitán de compañía, en aquella conscripción, tuve que nombrar mis cabos y sargentos; pedí instrucciones á mis jefes; no había cabos ni sargentos disponibles, y se me autorizó á que hiciera esos nombramientos con el criterio que mejor me pareciera, y me vi obligado á hacer esta operación, á formar la compañía y decir: los hombres que sepan leer y escribir, cuatro pasos al frente. Y esas fueron mis clases.

¿Cómo podrá darse una instrucción conveniente con estos elementos abso-

lutamente ineptos, cuando los mismos oficiales, faltos de preparación, teníamos que ser al mismo tiempo, oficiales y clases?

Con razón pasaron los dos meses, trabajando como difícilmente se podrá trabajar en el país, y sin embargo, en los dos meses no tuvimos tiempo de hacer un día, siquiera, ejercicio de campaña, una sencilla fortificación, por más ligera que fuera, y ya se sabe cuánta importancia tiene la fortificación del campo de batalla: ni un solo hombre manejó la pala. ¿es este el sistema de instrucción que se cree pueda dar resultados para la guerra?

Yo hago al mismo tiempo que estas críticas, la más completa justicia al señor diputado, entonces jefe del estado mayor, que hizo en esos momentos, con todo género de dificultades, una ley salvadora, que consiguió lo único que en esos momentos se podía hacer, porque allí no había tiempo para otra cosa; y así como yo no le escatimé el elogio á la ley del 95, que preparó el poder ejecutivo en ese momento, tampoco puedo escatimar mis observaciones á ese sistema, como sistema militar argentino. No; hoy debemos adoptar otro, con otros elementos y en otras circunstancias. El poder ejecutivo aconseja tal vez el único sistema posible de instrucción en este país. Hace la división regional del país, establece regimientos donde deben estar, dándoles allí la instrucción con los jefes y oficiales de línea que el país tenga á su disposición.

Sr. Presidente.—Si el señor diputado se encuentra fatigado, podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Demaría.—Prefiero terminar con la parte militar antes de pasar á la parte constitucional.

Pero si estas son las diferencias de la instrucción y pasamos á estudiar ahora las diferencias en la organización, señor presidente, siguiendo siempre en los dos proyectos la bifurcación fundamental: el ejército escuela, el ejército instrumento de combate, yo no puedo creer que el distinguido autor de ese proyecto, ó mejor dicho, sus distinguidos autores, piensen que, militarmente, la organización de su proyecto sea superior á la del proyecto del poder ejecutivo.

Yo creo, señor presidente, que ellos han establecido esa organización,—puede ser que esté equivocado, pero eso lo veremos en el curso del debate,—porque

piensan que la que el poder ejecutivo proyecta es inconstitucional; y entonces se han dicho: no tenemos más remedio que, dentro de lo que nosotros creemos que es constitucional, proyectar algo que sea lo mejor posible. Pero sobre esa parte me remito á cuando hagamos la cuestión constitucional.

Vamos á ocuparnos por ahora, prescindiendo de la parte constitucional, de la que es necesario prescindir en este momento, nada más que de comparar la organización que establecen los dos sistemas. Aquí hay varias cuestiones que no se pueden tratar con independencia unas de otras. Son ya cuestiones técnicas en su mayor parte; de manera que yo voy á tener que ser muy breve al tratarlas, por mi falta de preparación y de autoridad sobre estas materias; pero dentro del tecnicismo de los detalles que pueden escapar á un civil, dentro de ese perfeccionamiento del rodaje de una máquina que los civiles podríamos no estar en condiciones de apreciar, cualquiera que medite un poco podrá darse cuenta de las razones fundamentales, de las razones científicas, y más que científicas, señor presidente, de las razones de buen criterio que hace que la organización del poder ejecutivo sea la más eficaz, sea la única eficaz, mejor dicho.

El proyecto de la mayoría siguiendo el concepto tradicional de nuestra interpretación, llama solamente ejército permanente á los hombres que están inmediatamente bajo banderas, y guardia nacional á todos los hombres de diez y ocho á cuarenta y cinco años. Cuando los hombres han hecho su instrucción militar en la movilización de dos meses, termina su instrucción, y vuelven á ser diluidos en la guardia nacional de las provincias.

El año pasado tuve el honor de sostener en esta cámara que instruir conscriptos para volverlos á diluir en la guardia nacional de las provincias, era lo mismo que echar agua al río de la Plata; que jamás llegaríamos, con ese sistema, á obtener una instrucción seria; que para obtener una organización seria, era necesario nacionalizar todo lo que se refiere á las tropas que pudiéramos necesitar en el primer momento, si llegara el caso de una guerra. Yo sostenía que debían ser diez clases el año pasado; el poder ejecutivo las reduce á ocho por su proyecto. La diferencia es insignificante.

El general Broujard von Shellendorf

ha establecido el axioma militar, que la organización del pie de paz debe ser lo más parecida posible á la del pie de guerra; y á eso no llegaremos jamás, sin las reservas nacionales.

Supongamos que bajo ese régimen, sin tener los conscriptos organizados por batallones especiales, sin tener jefes y oficiales, sin tener ninguna de las cosas que constituyen la organización real y efectiva, llega un día la noticia de la declaración de guerra, y empezamos á improvisar. Comunicaciones á los gobernadores.—Todavía dentro del sistema absoluto de movilización por clases, que estableció el proyecto de la mayoría, se exagera algo que en los ejércitos europeos es más un principio administrativo que militar.—Comunicaciones á los gobernadores, para que entresaquen de la guardia nacional de sus provincias los hombres correspondientes á la clase de veinte años. ¿Vendrán todos? ¿En qué forma vendrán? ¿No estaremos expuestos á que suceda lo que hoy mismo sucede cuando se trata de que vengan á prestar simplemente su servicio de instrucción? No quiero dar la respuesta á esas preguntas. Supongamos que vengan: hay que empezar por organizarlos en cuerpos, por dotarlos de jefes, oficiales y clases. ¿De dónde saldrán éstos? ¿De la masa fantasmagórica de la guardia nacional? ¿De esa parodia que, como dice el coronel Day en un folleto, ya á nadie divierte ni engaña? No habiendo nada organizado, habrá que improvisarlo con todas las deficiencias de la improvisación en esos momentos y con nuestras circunstancias geográficas, que en nada nos favorecen.

Quiero aceptar en hipótesis el principio que sostiene el miembro informante de la mayoría, de que sólo debemos cuidar por ahora las fronteras chilenas.

Veamos cuáles son las condiciones que tiene Chile para el caso de una movilización. Con la mayor parte de su población reconcentrada en el valle central, con un ferrocarril admirablemente estratégico, que corre á lo largo de la cordillera, puede hacer, en igualdad de condiciones, la movilización y organización de su ejército cinco veces más rápidamente que nosotros, simplemente por razón de la diferente topografía. Y bien: para estar en igualdad de condiciones, tendremos que poder hacer nuestra movilización cuatro ó cinco veces más rápidamente que ellos. Y sabemos lo importante que es esto, no ya para un criterio profesional, sino para cual-

quiera; porque está al alcance de todo el mundo la importancia que tiene la inmovilización rápida. El resultado de la guerra del 70 lo está enseñando, lo mismo que las operaciones de Moltke del 66: que el que primero tiene una gran masa de hombres, tal vez puede impedir la movilización del adversario, su concentración, y entonces es la franca derrota, la *debâcle*, es la Francia de 1870.

Entonces, ¿cuál es el único medio de poder tener preparados,—no sólo instruidos,—preparados y organizados cien, ciento veinte, ciento cuarenta ó ciento cincuenta mil hombres, es decir, la cantidad que el estado mayor, que nuestros técnicos determinan? La forma que ha adoptado el poder ejecutivo, la forma de organización nacional de las reservas. Estableciéndolo en la forma que lo hace el poder ejecutivo, dentro del más absoluto sistema regional, podremos llegar á donde llegaron los prusianos; podremos llegar hasta el espíritu de cuerpo; porque dividido el país en regiones militares, y éstas en distritos y departamentos, correspondiendo á cada uno por lo menos uno de los regimientos que vamos á tener, podremos hacer fácilmente, dentro de las deficiencias naturales, nuestra organización y nuestra concentración.

El espíritu de cuerpo podemos llegar á formarlo, por cuanto el recluta se ha instruido en un regimiento que está fijo, permanente, estable en un punto, cuando conoce á sus oficiales, cuando allí, en ese mismo regimiento, ha prestado servicios su padre, sus hermanos, sus amigos, y cuando se ha formado en la población el culto del regimiento; y así podremos formar el espíritu de cuerpo, no con el sistema de organización general de traer los conscriptos de una parte á otra. Nuestra unidad nacional está tan confirmada, tan inequívocamente establecida, que no necesitamos atender á otro género de consideraciones.

La reserva lo mismo; ese regimiento sería la base; todo estaría listo, organizado, dentro de lo posible ó dentro de la capacidad de los hombres encargados del cumplimiento de la ley; y podremos decir entonces que estamos en medianas condiciones de afrontar una movilización rápida.

Pero dejando esto en manos de las provincias, con catorce jefaturas ¿qué organización puede haber, sin unidad técnica, sin unidad de pensamiento, sin unidad de acción, sin nada, señor presidente, si en tiempo de paz el resulta-

es el que estamos viendo? En tiempo de guerra habría que apelar al antiguo levantamiento en masa, porque siquiera así, la guardia nacional provincial tendría alguna organización; mientras que esta extracción de conscriptos de los cuadros provinciales en el momento de la guerra, nos obligaría á organizarla de nuevo.

Entonces, señor presidente, creo que no puede sostenerse militarmente como organización y preparación las ventajas del sistema que establece la mayoría de la comisión; no puede sostenerse que tenga ventajas de ningún género. Y es de observar que con el sistema de instrucción de dos años para un quinto del contingente y de seis meses para el resto, como establece el poder ejecutivo, van á hacerse batallones organizados en las regiones militares, sirviendo esos hombres con dos años en las filas de esqueleto para formar con ellos la masa de los cuerpos de los de seis meses; y de esta manera, aunque no podremos tener una organización seria, tendremos un principio de organización militar.

Pero yo pregunto ¿cuál de los dos sistemas: el de los conscriptos, amontonados rápida é improvisadamente, en la forma que propone el proyecto de la mayoría de la comisión, ó el de estos otros ya instruídos durante dos años los cuadros é instruídos seis meses el resto, con una cierta organización por lo menos ¿cuál de las dos, en caso de guerra, podría reclamar para sí con más justicia el título de ejército que se funde como nieve al sol, como lo decía el señor diputado por la capital, miembro informante de la mayoría de la comisión? ¿Cuál se fundirá al sol primero? ¿Cuál será el organismo con cohesión, con estabilidad, con vinculaciones recíprocas entre los hombres que la constituyen, con cierta instrucción y preparación para el combate?

A mí me parece, sin ser un técnico, sin tener pretensiones de ninguna clase, que ésta es una cuestión de simple criterio. Es evidente que á mayor suma de preparación y organización, corresponderá mayor suma de aptitudes para el combate.

Sr. Lacasa—Estando fatigado el orador, podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Vueltos á sus asientos los señores diputados, dice el

Sr. Presidente—Continúa la sesión. Tiene la palabra el señor diputado Demaría.

Sr. Demaría—Señor presidente: en obsequio á la brevedad he resuelto omitir de mi exposición la parte financiera porque estoy seguro de que será ampliamente tratada por algunos de mis compañeros con una abundancia de datos é informaciones que yo no poseo; y como son muchos los diputados que van á tomar parte en esta discusión, creo que es un deber de cortesía, por mi parte, no ser muy extenso.

Entro directamente á estudiar la cuestión en el terreno constitucional. Sin tener pretensiones de ningún género de constitucionalista, piso, al fin, terreno más firme. Entro á ocuparme de principios, de ideas y de nociones que me son más familiares, y por eso tengo más fe en que mi exposición será, no elocuente—no lo soy y no lo seré nunca, estoy seguro de ello—pero sí clara y convincente.

La interpretación histórica, la interpretación tradicional de nuestra constitución, ha dividido las fuerzas militares de la República en ejército de línea y en guardia nacional, teniendo el poder ejecutivo y el Congreso, es decir, los poderes nacionales, facultades amplias y exclusivas sobre el ejército de línea, y estando la guardia nacional sometida á facultades concurrentes del poder nacional y de los poderes provinciales.

Omitiré por ahora la lectura de los artículos pertinentes de la constitución, porque son ideas éstas absolutamente vulgarizadas, no sólo entre los señores diputados, cuya preparación es notoria, sino entre toda la masa de nuestro pueblo.

Pero estas ideas, señor presidente, no estuvieron siempre vulgarizadas. No sólo se han discutido mucho entre nosotros, sino que se han discutido ampliamente en Estados Unidos, en el caso sobre todo de lo que se llamó *Whisky Insurrection*, cuando con motivo de una ley de impuesto á los alcohóles hubo una revolución en Pensylvania. Washington, que era presidente de la República, mandó movilizar la guardia nacional de los estados limítrofes y de la misma Pensylvania.

Surgieron toda clase de cuestiones, de discusiones, entre el poder federal y el poder provincial, entre los individuos y

—Así se hace. (Aplausos prolongados al orador.)

el poder federal, entre los individuos y el poder provincial; y todas estas cuestiones, canalizadas á los poderes judiciales, últimos intérpretes de la constitución, fueron resueltas en innumerables sentencias, que establecieron estos principios, hoy vulgarizados, no sólo en Estados Unidos, sino también entre nosotros.

El despacho de la mayoría de la comisión, señor presidente, propone un sistema (parecerá curiosa mi afirmación) á pesar de que mantiene la guardia nacional, absolutamente inconstitucional, porque estableciendo que los ciudadanos argentinos de 18 á 45 años forman la guardia nacional, contiene un artículo que impone el enrolamiento nacional para los hombres de 19 á 20 años. Pienso,—y no me voy á extender sobre este punto porque creo que está en la conciencia de todos los señores diputados,—que si esos hombres son guardias nacionales, el poder ejecutivo no tiene facultades para enrolarlos; lo único que puede hacer es decir á los gobernadores de provincia la cantidad de hombres que necesita, nada más; esos hombres dependen del poder provincial hasta el momento,—y es lo que se resolvió en todos los casos judiciales á que me he referido,—en que en el paraje fijado por el gobierno nacional los jefes provinciales los entreguen á los jefes nacionales encargados de recibirlos.

De manera que esta intromisión del poder federal dentro de los poderes claramente provinciales, á efecto del enrolamiento de la guardia nacional, es absolutamente inconstitucional. Si fuera necesario, en el curso del debate volveré sobre este punto.

Ahora, veámos el proyecto de la minoría.

Ese proyecto viene á establecer una verdadera revolución institucional entre nosotros, porque declara que forman parte del ejército de línea todos los argentinos de 20 á 28 años, hombres y y fuerzas que han estado siempre dentro de la interpretación histórica y tradicional de nuestra constitución, considerados como guardias nacionales.

Veamos, señor, si el congreso argentino tiene facultades para hacer esto que yo confieso que es una verdadera revolución institucional.

Necesito empezar para esto por demostrar la constitucionalidad del servicio obligatorio, y me fundo, primero, en el artículo 21 de la constitución, que dice que «todo ciudadano argentino está

obligado á armarse conforme á las leyes que dicte el congreso y á los decretos del poder ejecutivo.» Esa obligación de armarse está bien caracterizada por los términos generales del artículo: «conforme á las leyes que dicte el congreso y los decretos del poder ejecutivo.»

Este principio del servicio obligatorio —no con la amplitud que tiene en el proyecto del poder ejecutivo, que es lo que constituye la revolución,—está incorporado á nuestra legislación desde muchos años atrás, y es un principio tradicional de nuestro derecho público. La ley del 62 lo establece, porque dispone que el ejército nacional se formará de enganchados y de contingentes, cuando los enganchados no alcancen ó cuando el poder ejecutivo lo crea conveniente.

En la discusión de esa ley, uno de nuestros hombres públicos malogrados, el doctor Delfín Gallo, combatió la constitucionalidad de ese artículo. Podría hacer la cita textualmente, pues la tengo aquí; pero me refiero al Diario de Sesiones.

Necesito aclarar antes en qué forma establecía el proyecto del poder ejecutivo el contingente en ese momento. Decía que los contingentes se distribuirían de la suma total de hombres que el poder nacional necesitara proporcionalmente á la población de cada provincia, que los remitirían por medio del sistema del sorteo.

Gallo sostuvo, en este mismo recinto, que esa ley era inconstitucional, porque aun cuando el proyecto del poder ejecutivo no hiciera uso de la palabra conscripción ni de las palabras servicio obligatorio, contingente y servicio obligatorio eran exactamente la misma cosa, y Gallo tenía razón completamente.

Era la misma cosa en el fondo, con todos los caracteres de identidad; era simple cuestión de palabras. El único argumento constitucional que un hombre del talento y de la preparación de Gallo consiguió encontrar para combatir la constitucionalidad de ese artículo, es el siguiente, que voy á referir brevemente á la cámara. Dijo que acordando la constitución nacional derechos civiles y derechos políticos á los ciudadanos, sacarlos de sus casas, de sus ocupaciones normales y someterlos á la disciplina de un cuerpo de línea, donde no podrían ejercer la totalidad de los derechos civiles y políticos, era inconstitucional, olvidando que el ejercicio de todos los derechos está limitado, que no hay derechos absolutos.

Inmediatamente, el entonces ministro de relaciones exteriores, doctor Tejedor, le hace la réplica en esa forma concisa y lapidaria que ha sido su característica, diciéndole: que su argumento no probaba nada porque probaba demasiado, porque la constitución establecía los casos en que toda la guardia nacional podía movilizarse, que entonces todos esos hombres también quedaban privados de sus derechos civiles y políticos, y que, á estar al argumento de Gallo, sería inconstitucional la movilización de la guardia nacional. En seguida, Rawson, con esa maravillosa claridad de exposición que tenía, amplió el argumento y replicó á Gallo que la constitución establecía el ejército de línea; que en el ejército de línea hay argentinos privados del ejercicio absoluto de sus derechos; que, por consiguiente, resultaría que es inconstitucional el ejército de línea establecido por la misma constitución.

Se votó aquella ley, y ese principio se incorporó á nuestra legislación.

Ese principio se mantiene indirectamente en la legislación, y más claro, porque hubo una ligera confusión de palabras entre lo establecido por la cámara de diputados y las modificaciones que hizo el senado en la ley de 1898. Vigente ésta, el poder ejecutivo incorporó á los cuerpos de línea los conscriptos que correspondían á esa clase.

Nos ha dicho el señor miembro informante de la mayoría que el poder ejecutivo falseó el espíritu de esa ley. Pero no dice eso la Suprema Corte nacional. Se han producido dos casos, los de los conscriptos Alvarez y Echenique, protestando de la inconstitucionalidad de su incorporación al ejército y de la forma en que el poder ejecutivo entendía esta ley. El juez federal, doctor Olaechea y Alcorta, en una sentencia fundada principalmente en la discusión producida en la Cámara de Diputados, falló los dos asuntos favorablemente á los recurrentes, y la Suprema Corte federal revocó las dos sentencias, estableciendo que el servicio obligatorio es constitucional y que estaba comprendido en esa ley del año 98.

Por otra parte, el año pasado, cuando se discutió la ley de conscripción de marina, se estableció de una manera absoluta y terminante el servicio obligatorio de dos años.

Esta es la opinión, también, de casi todos los tratadistas americanos. Pascal dice terminantemente que «el poder

de levantar ejércitos comprende la materia de instruir, comisionar, enrolar, sortear, conscribir, equipar, trasladar durante la paz y durante la guerra.»

Además, como he dicho, así lo ha establecido la Suprema Corte en dos sentencias que hacen jurisprudencia, porque establecen una autoridad irrecusable en la materia.

Pero hay más todavía. La constitución, cuando da facultad para establecer el servicio obligatorio, no hace sino consagrar el principio ya incorporado de antemano á nuestro derecho histórico. El congreso general constituyente de 1811 estableció el principio del servicio obligatorio. El registro oficial del año 25—y esta cita, por su importancia, me permitirá la cámara que la haga con un poco más de extensión—dice textualmente, en su página 79:

«Ley de organización del ejército nacional. El congreso general constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en sesión de hoy ha acordado y decreta lo siguiente:

»Artículo 1.º El ejército nacional se compondrá por ahora de las fuerzas siguientes: un batallón de artillería (se llamaban batallones entonces), 4 de infantería y 6 regimientos de caballería.

«Título 2.º El ejército nacional será formado por contingentes.

«Art. 2.º A cada una de las provincias se le asignará el cupo de hombres que corresponda á su población, según los respectivos censos».

Y sigue, estableciéndose entre otras prescripciones, que el servicio será por cuatro años.

Pocos días después, la junta de representantes de la provincia de Buenos Aires autorizó á Las Heras, entonces encargado del poder ejecutivo nacional, á emplear la suma de 500.000 pesos en la aplicación de esta ley; y esta ley se aplicó.

Entonces, cuando la constitución ha dado la facultad para establecer el servicio obligatorio, no ha hecho sino consagrar algo que ya estaba establecido en nuestros antecedentes históricos; no era, pues, una novedad para nosotros.

Ahora, establecida la constitucionalidad del servicio obligatorio, es decir, que el congreso tiene facultad para dictar leyes, estableciéndolo, veamos cuál puede ser el límite de esa facultad.

El artículo 67, inciso 28, dice terminantemente: «Corresponde al congreso, hacer todas las leyes que sean convenientes para poner en ejercicio los po-

deres, antecedentes y todos los otros concedidos por la presente constitución al gobierno de la nación argentina».

La cláusula de la constitución americana es más restrictiva que la nuestra, porque da al congreso la facultad de hacer las leyes necesarias y convenientes.

Nuestros constituyentes, al suprimir la palabra *necesarias* y al dejar solamente la palabra *convenientes*, han dado, como dice Calvo en sus notas a Story, un poder casi ilimitado de legislar al congreso, porque puede hacer todas las leyes que á su juicio crea convenientes.

Ahora, señor presidente, quiero citar tan sólo unos cuantos casos constitucionales, á efecto de ver la jurisprudencia establecida en Estados Unidos sobre el alcance de esta facultad del congreso.

En el caso de M'Culloch contra el estado, fallos colección Wheaton, página 316, dice la Suprema Corte federal: «Esta cláusula está colocada entre las facultades del congreso, no entre las limitaciones de esas facultades. Su objeto es ensanchar, no disminuir, los poderes del gobierno investidos por el congreso. Importa un poder adicional, no una restricción á los poderes ya conferidos».

En los *Legal Tender Cases*, colección Wallace, página 457, se establece. «La relación entre los medios y el fin no es indispensable que sea directa é inmediata».

La misma sentencia en el caso de M'Culloch dice: «El gobierno que tiene derecho para hacer un acto y se le ha impuesto el deber de hacer ese acto, debe seguir los dictados de la razón, tener la facultad de elegir los medios de practicarlos».

«Si una medida es conveniente para la ejecución de una facultad constitucional, su necesidad sólo puede ser determinada por el congreso.»

Podría citar infinidad de sentencias análogas.

Story opina también que es necesario hacer una interpretación más amplia de esta facultad.

Está tan vulgarizada, tan al alcance de todos, no digo de los señores diputados, sino de cualquier estudioso de estas materias, que omito decir que podría repetir á granel todo lo que se necesitara, porque cada una de sus líneas está estableciendo la amplitud de esta facultad.

Ahora, veamos qué quiere decir ejercicio de línea.

En el congreso de los Estados Unidos, en la cámara de diputados, se suscitó una vez un gran debate sobre la interpretación de una palabra de la constitución,

Después de agotado el tema, un diputado pidió que la secretaría leyera la definición de esa palabra que hacía el famoso diccionario de Daniel Webster, y la cámara adoptó como resolución que el alcance de esa palabra era el de Webster, y á moción de uno de los diputados que habían tomado parte en el debate, estableció para en adelante que en cualquier caso de duda sobre el valor y alcance de una palabra, Webster haría autoridad.

Bien, señor presidente: veamos cómo define Webster la milicia, es decir, nuestra guardia nacional.

Dice: *Milicia*. — El cuerpo de soldados...

Traduzco textualmente, para que no se crea que cambio algo. Pero mejor será que lea el texto inglés primero.

«*Militia—The body of soldiers in a State enrolled for discipline, but engaged in actual service only in emergencies*». «Milicia. El cuerpo de soldados enrolado para la disciplina, pero comprometido en actual servicio, solamente en emergencias.»

Me parece, señor presidente, que sólo en emergencias puede entrar en acción la guardia nacional, y veamos cuáles son los caracteres de los servicios exigidos por el poder ejecutivo en su proyecto, á los hombres que forman parte de esta clase de 20 y 28 años.

No son servicios de emergencia, y por lo pronto, prestarán el gran servicio permanente de asegurar, tal vez, la paz americana, que no sería de emergencia.

Además, esos hombres tienen la obligación de ir en determinados periodos, fijados de antemano, con toda regularidad, con una periodicidad absoluta, con una normalidad invariable, á prestar sus servicios de seis meses, primero; y después, en los ejercicios de repetición en cada una de las épocas que establece el proyecto.

Esos servicios, previstos de antemano, á tan largo plazo, en esa forma, ¿son servicios de emergencia?

No, señor presidente; los servicios de emergencia son los que presta la guardia nacional, esos hombres que se dejan enrolados en las provincias para ser llamados al servicio nacional sólo en emergencias, es decir, los hombres que, se-

gún el proyecto del poder ejecutivo, tienen 28 á 32 años. Esos son los que sirven en emergencias; pero los que tienen 20 á 28 años, que forman con toda regularidad, con toda periodicidad, como he dicho, esos no pueden, dentro del sentido mismo histórico de la interpretación de la palabra milicia, ser considerados como que prestaran servicios en emergencias.

Podría decirse, tal vez, señor presidente, que estoy alambicando demasiado la interpretación literal de una palabra; pero he querido llevar la discusión á ese terreno, á efecto de ver que aun haciendo la interpretación con el criterio literal, el Congreso tiene facultad para pedir á los argentinos esos sacrificios, aun cuando no puedo admitir, ni en hipótesis, que en estas materias, sea la interpretación restringida, la interpretación literal, la interpretación que corresponda hacer de nuestra constitución tratándose de milicias.

La constitución, que acuerda al Congreso el poder de declarar la guerra, el poder de hacer alianzas que pueden traer la guerra, le acuerda el poder más amplio para buscar los medios necesarios á objeto de realizar y preparar esa guerra ó para defenderse.

Onito también las citas á este respecto; pero Story dice que este poder debe ser ilimitado, como es ilimitada la responsabilidad que toman ante el país y la historia los consejeros encargados de declarar la guerra.

Además, señor presidente, hay dos argumentos por reducción al absurdo, que creo que serán verdaderamente eficaces.

La constitución establece que no hay ejércitos provinciales.

Si no puede haber más ejército nacional que el de los hombres que están actualmente bajo bandera, resulta que el país, en caso de guerra, no puede, constitucionalmente, estar defendido sino por ese reducidísimo ejército.

Por otra parte, estudiemos, señor presidente, los casos en que el congreso tiene facultad para movilizar la guardia nacional.

Y este es un argumento que no es de mero efecto, sino que es real.

El congreso tiene facultad para autorizar la movilización de la guardia nacional, cuando lo exija la ejecución de las leyes del Congreso, ó cuando sea necesario contener insurrecciones ó repeler invasiones. Son los tres únicos casos en que el congreso tiene facultad para movilizar la guardia nacional.

Y bien: no puede sostenerse, señor presidente, que la declaración de guerra sea una ley del congreso. Está establecido como un poder especial, no sólo en nuestra constitución, sino en todas.

En la convención constituyente se discutió con completa independencia del poder de legislar, el poder de hacer la guerra. Se discutió, primero, cuáles son los límites y los alcances de la facultad de legislación, y en seguida se entró á discutir á cuál de los poderes organizados le corresponde la declaración de guerra.

En Estados Unidos, se ha sostenido, en el seno de la convención, por los regionalistas, por los partidarios de los derechos casi ilimitados de los estados, que el congreso federal no podrá declarar la guerra sinó con el acuerdo previo de los estados; otros que ese poder debe corresponder solamente al senado sin que los diputados deban tomar parte alguna; otros que el poder ejecutivo no podría tomar intervención, en fin, se hace discusión sobre el poder de declarar la guerra en una forma tal que excluye la interpretación que ese poder sea un poder comprendido entre los poderes generales de la legislación del congreso. Es un poder especial, aparte, único en su especie, de manera que no se puede decir que una declaración de guerra es una ley ordinaria del Congreso, porque es el ejercicio de un poder especial.

Ahora, descartado ese caso, tenemos el caso de contener una insurrección; y descartando esos dos, no tenemos sinó el caso de repeler invasiones. Es decir, que dentro de la constitución argentina, si mañana, en cualquier país vecino ó á nuestro alcance, se insulta á nuestra legación, se veja á nuestro ministro ó se pisotea nuestro escudo, la República, constitucionalmente, no tiene más fuerza para ir á vengar esas afrentas, que los hombres que están permanentemente bajo banderas en el ejército de línea, puesto que no se trataría de repeler una invasión; sino de llevar un ataque. Quiere decir, que tendríamos una constitución que no nos permitiría hacer una guerra ofensiva; y si ello fuera así, sería de renegar de esa constitución, sería el caso de provocar su inmediata reforma. Felizmente, no es así, por que los constituyentes han entendido que al decir: «autorizamos al Congreso para fijar las fuerzas de mar y tierra de la nación», no le han puesto límite á esa

autorización; y entonces el congreso está ampliamente autorizado para decir cuántos, quiénes y en qué forma los argentinos han de formar parte del ejército de línea.

Bien, señor presidente: al pedir á la cámara que rechace el proyecto de la mayoría en general y que vote el proyecto que despacha la minoría, no hacemos sino pedir que multiplique por ese coeficiente formidable de la organización, las aptitudes y las calidades naturales que la naturaleza nos ha dado.

Señor presidente: si sancionamos esa ley, que es un instrumento científico, un instrumento moderno, un instrumento flexible y expansivo que permitirá prevenirnos, sin destruir la obra ya realizada, habremos entregado al poder ejecutivo los medios de hacer la preparación nacional para la guerra. Si el poder ejecutivo lo realiza, habrá merecido bien de la patria y de la historia; si el poder ejecutivo no lo realiza, como dice la fórmula del juramento presidencial, Dios y la patria se lo demandarán.

He dicho. (*Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Coronado—Pido la palabra.

La importancia de este debate, la expectativa que rodea nuestras presentes deliberaciones y la parte de responsabilidad que me incumbe en la sanción de esta ley, de la que se hace depender el porvenir y la grandeza del país, me obligan á exponer las razones que han determinado mi voto y mi consejo, á pesar de que ya lo ha hecho con claridad y brillo el señor miembro informante de la minoría de la comisión de guerra.

Al escuchar á los señores diputados que me han precedido y ver que desfilaban sus conocimientos sobre la organización militar de la Europa, se agolparon á mi memoria mis recuerdos de viajero, y dentro de estos recuerdos, surgen netamente dos impresiones que, expuestas á la cámara, han de hacer ver á qué grado llegaríamos si se sancionara uno ú otro de los proyectos en cuestión.

Es, señor presidente, Lucerna una hermosa ciudad de la Suiza, situada al borde del Lago de los Cuatro Cantones. Ella encierra una bella é inolvidable maravilla. El escultor Ahorn, por concepción extraña, ha tallado en la piedra viva un hermoso león. Ese león ha recibido una herida de muerte y cae agonizante abrazado al escudo de los Borbones. Este monumento representa á los suizos, guerreros de profesión, que mu-

rieron el 2 de septiembre de 1792 por defender á Luis XVI. Señor presidente: ese es un monumento á la fidelidad. Horas enteras he pasado contemplando ese monumento y admirando el talento y la gloria del artista; pero ni una sola vez se me ocurrió leer el nombre de los muertos que está grabado al pie de aquel león, porque yo sabía que esos hombres habían dado su vida en retribución del precio que se les había pagado por sus servicios. (*Aplausos.*)

¡Qué diferente y qué diversa impresión la que sufrí el día que contemplé en Milán, en la hermosa capital de la Lombardía, el monumento con que Grandi ha inmortalizado á los héroes del 48! Ni una sola vez, señor, me acordé de la gloria del artista, porque traté de grabar en mi memoria los nombres de los héroes que arrojaron el austriaco fuera de los límites de la Italia: los nombres de Daniel, Manin, Eurico, y sobre todos Ceruschi, Anfossi, á quien se ha llamado el nuevo Epaminondas, porque murió con la sonrisa en los labios, porque sabía que era de su patria la victorial

¡Oh, señores diputados! Si mañana los acontecimientos nos obligaran á eternizar en el mármol ó en el bronce la memoria de nuestros héroes, yo no quisiera ver hermoseadas nuestras ciudades con monumentos como el del León de Lucerna, sino que quisiera ver en ellas monumentos como el que ha inmortalizado las Cinco Jornadas de Milán, que el pueblo de la Lombardía ha levantado en memoria de los héroes de la Porta Fossa. (*Aplausos.*)

No se crea, señor, que esta es la aspiración de un solo hombre; es la aspiración de todo el país, que sabe de una manera positiva que un ejército de ciudadanos es mil veces superior á un ejército de mercenarios; porque si el ejército es una máquina, no es una máquina como las de la industria, porque su elemento esencial, el hombre, entra en él con sus pasiones, con sus vicios, con sus virtudes, con su herencia fisiológica, con su herencia histórica y con su herencia de gloria. (*Muy bien!*)

Dentro de estos lineamientos, señor presidente y señores diputados, he de hacer mi exposición.

Se trata de la organización militar del país, es decir, del arreglo, de la composición y de la unión de los elementos de guerra disponibles en tiempo de paz para ser empleados inmediatamente en caso de una conflagración.

Estos puntos, señor presidente, debemos estudiarlos nosotros á la luz de los principios y con la sanción de la experiencia.

Estos principios forman en conjunto la ciencia de la guerra.

La ciencia de la guerra ha sido dividida por los tratadistas en arte de la guerra y arte militar.

Si se tratara del arte de la guerra, yo no me hubiera atrevido á levantar mi voz en este recinto, porque entiendo que el talento del artista es el que da forma, vivacidad y colorido á la obra.

¿El arte! ¿Acaso se necesita poseer la ciencia para ser artista? ¿Acaso Hipócrates no era un gran artista? Ejerció como no ha sido jamás igualado el arte de curar y no conocía el funcionamiento regular de los órganos, que cuando estaban enfermos los devolvía al equilibrio funcional. ¿Acaso Alejandro y Filipo conocían las leyes de la guerra y la estrategia? Y eran compañeros inseparables de la victoria ¿Acaso los frescos de Carlone han podido ser imitados? Y el ilustre pintor no conocía la teoría física de los colores.

Es que en la obra del arte, el genio del artista es su propia ciencia.

Pero hoy las artes, y sobre todo las artes profesionales, tienen que estar sustentadas por la sólida base de la ciencia.

La ciencia de la guerra es una ciencia esencialmente progresiva, constituye el arte militar, y es del arte militar que yo puedo ocuparme como se ha ocupado con brillo mi distinguido colega de comisión. Y así se explica, señores diputados, esta divergencia de opiniones entre personas del gremio militar y personas del gremio civil. Los hombres del gremio militar estudian la ciencia de la guerra con la aplicación al arte de la guerra; los ciudadanos estudiamos esta cuestión con el único propósito de hombres de gobierno.

Yomini, ilustre militar ruso, puede decirse una de las más grandes autoridades militares, tratando de las condiciones de un ejército establece doce postulados. No es posible entrar á hacer el estudio de esos doce postulados y buscaremos sólo aquellos que nos correspondan.

El establece que un medio acertado de reclutamiento, una conveniente organización y un buen sistema de reservas nacionales, constituyen el objeto, el propósito ó el fin del arte militar.

La historia del arte militar es vieja:

empieza con la obra de Federico el Grande, *Historia de mis tiempos*, y llega á nuestros días con una enorme producción, que no sería del caso traer á esta cámara. Pero el servicio obligatorio, es decir, el servicio tal como nosotros lo vamos á estudiar, data, no recuerdo bien la época, pero creo que es desde 1809, más ó menos, cuando la batalla de Jena, en que Napoleón, vencedor, estableció que la Prusia podía tener sólo 40.000 hombres. Los 40.000 hombres de la Prusia se aumentaron en 1866 á 630.000 hombres, porque se había establecido el servicio obligatorio. La Prusia pudo dar la batalla de Sadowa, anulando el poderío del Austria, y pudo en 1870 entrar á la guerra francoprusiana, que debería servirnos de lección, porque la Francia, á causa de no haber hecho caso de las opiniones militares, tuvo que firmar por su propia mano el triste tratado de Frankfort.

La historia nos dice que el mariscal Niel había aconsejado á Napoleón III que estableciera el servicio militar obligatorio. Vino al parlamento; el servicio obligatorio fué aceptado; pero el gobierno no lo puso en práctica, y de pena el ilustre soldado se murió. Si el mariscal Niel hubiera sido escuchado, no sé lo que hubiera sucedido en la guerra francoprusiana.

He oído decir que el proyecto del poder ejecutivo es una imitación. No es una imitación; es decir, no es una imitación servil, sino el establecimiento de los principios fundamentales de la guerra que el poder ejecutivo quiere implantar como un progreso en el país. Cuando los principios fundamentales de la guerra se falsean, las naciones sufren este falseamiento. Almirante, cuya autoridad es indiscutible, dice que si es cierto que no puede haber un sistema único de organización militar, es cierto también que la ciencia de la guerra reposa sobre propósitos firmes, sobre principios fundamentales, y las naciones que esos propósitos falsean, lo pagan bien caro. Lo que digo de la organización militar lo podría decir de la estrategia y del arte de la guerra.

Todos los señores diputados saben los desastres que la Inglaterra ha tenido en la guerra del Transvaal por haber falseado los principios fundamentales del servicio militar. En la batalla del Tugela y en la batalla de Vaal Krantz, todo el mundo sabe que fueron los errores fundamentales cometidos por In-

glatterra los que produjeron su desastre.

Es necesario, entonces, que nosotros establezcamos de una manera clara, sencilla, pero manifiesta, cuáles son estos principios generales de la guerra, y veamos si ellos pueden tener adaptación á nuestro país.

La primera condición que debe tener un ejército es la de ser respetado por sus condiciones morales. Todos los señores diputados saben lo que fué, bajo el punto de vista de sus condiciones morales, nuestro viejo ejército de veteranos, ese ejército tan glorioso; pero si nosotros hemos de rodear á un ejército de toda nuestra autoridad moral, de todo nuestro cariño, si ha de ser el exponente de la nación ¿qué dirían los señores diputados? ¿Sería, acaso, un cuerpo de ejército de enganchados, ó serían nuestros jóvenes, que representan la cultura y todo el elemento de la nación? Este hecho, tan sencillamente expuesto, da á todos nosotros la razón, y no sería necesario insistir sobre él.

Pero volviendo á la cuestión, aquí no se trata de establecer el ejército permanente. Si de eso se tratara, yo diría: el mejor ejército permanente es el ejército de veteranos, es decir, el ejército de soldados profesionales. Pero aquí no se trata de eso. Se trata de preparar el país para la eventualidad de una guerra. Si nosotros tuviéramos un ejército de diez mil veteranos con un presupuesto de 10.000.000 de pesos y el año que viene gastáramos otros 10.000.000 de pesos, siempre tendríamos diez mil veteranos. Pasarían tres años, y tendríamos siempre diez mil veteranos; cinco años, y siempre diez mil veteranos; es decir, que todos los millones que el país gastara serían siempre para tener los mismos diez mil veteranos.

Si el ejército de la nación se hubiera de componer en todos los casos de diez mil veteranos, el proyecto de la mayoría de la comisión sería de seguro aceptado por todo el país. Pero no es esta la cuestión: es que nosotros, como ha dicho muy bien el señor miembro informante de la minoría, tenemos que mirar siempre al exterior cuando se trata de nuestra organización militar. En otra ocasión ya tuve oportunidad de decir en el seno de esta cámara que lord Goschen, primer lord del almirantazgo inglés, discutiendo el presupuesto de la marina de aquel país, decía de una manera terminante, que era absolutamente indispensable tener en cuenta el estado de las marinas de las otras naciones, y agre-

gaba: sería una hipocresía de nuestra parte declarar que no tenemos miramiento alguno á ese respecto.

Cuando en el parlamento alemán se estudia el presupuesto de guerra, se tiene muy en cuenta y se manifiesta claramente cuál es la actual situación de la Francia, su enemigo más probable.

Nosotros no podríamos tener la hipocresía de decir que no tenemos más que un solo enemigo posible en la América Meridional; nosotros tenemos una vieja cuestión pendiente con una nación que es hoy nuestra amiga; esta cuestión podría complicarse; pero que la República Argentina se arme para colocarse en las mismas condiciones que la nación vecina, no significa que establezcamos una política agresiva, sino que es política de buen gobierno estar siempre prevenido para toda eventualidad. (*Muy bien!*)

Nosotros no podemos tener un ejército permanente. El general Billot lo ha dicho bien claramente, una vez para siempre, en el parlamento francés: no hay nación alguna en el mundo que sea capaz de tener un presupuesto como para sostener el ejército permanente necesario en caso de guerra.

El señor Tracey establece los verdaderos peligros que corre una nación en la cual se mantiene un ejército permanentemente reclutado y el cual es un estado dentro del estado, porque no tiene más familia, más hogar ni más patria que el número de su batallón. Por consiguiente, ese ejército no es ni puede ser jamás el exponente de la fuerza de una nación, y el poder ejecutivo, perfectamente previsor, sin que nubes oscurezcan el horizonte, trata de colocar al país en las condiciones posibles de una guerra.

He ahí la cuestión. La mayoría de la comisión establece de una manera el servicio para preparar al país y la minoría lo establece de otra.

Veamos cuáles son las dos formas.

El miembro informante de la mayoría sostenía que era necesario tener en cuenta la capacidad económica del país, y buscaba demostrar que el proyecto de la mayoría era más económico que el de la minoría.

Supongamos, señores diputados, que el ejército de la mayoría y el de la minoría se compongan de diez mil hombres. Es exactamente igual el número de soldados. Pues diez mil hombres del ejército permanente cuestan más que diez mil hombres del ejército de cons-

criptos. Y tiene forzosamente que ser así: la prima del enganchado es de cien pesos anuales; luego ya cuesta cien pesos más por año. El sueldo del conscripto es de cinco pesos mensuales, el del enganchado, de once pesos; luego cuesta seis pesos mensuales más, ó sean setenta y dos por año, que aumentados á los cien pesos de prima, hacen 172 pesos, que cuesta más el enganchado que el conscripto, teniendo gastos de vida exactamente iguales.

Ahora bien, el miembro informante de la mayoría decía que estos diez mil ciudadanos eran sustraídos al trabajo. Y aquellos otros diez mil ¿de dónde son sustraídos? Tienen por fuerza que ser sustraídos al trabajo, á no ser que se vaya á reclutarlos entre los desocupados que se reunieran en la plaza de Mayo. *(Risas.)*

Ahora bien: los diez mil hombres del ejército que propone el poder ejecutivo son diez mil jóvenes de veinte años; los otros son diez mil hombres de veintico y treinta años, que hacen profesión de la vida del soldado; pero son siempre diez mil hombres arrancados del trabajo. ¿Y cuáles son los productores? ¿Los jóvenes de veinte años ó los de veinticinco y treinta, que son nuestros labriegos, los que hacen los trabajos de nuestra campaña? Los de veinte años son en su mayoría consumidores, los de veinticinco á treinta, productores. ¿Dónde está, entonces, la economía? Aun equiparándolos, aun cuando fuera exacto que los unos representaran una pérdida de trabajo de cinco millones, los otros representarían por lo menos igual suma.

No son, entonces, razones de economía las que pueden hacer aparecer más ventajoso el proyecto de la mayoría sobre el de la minoría.

Y, luego, yo quisiera todavía que uno y otro proyecto costaran exactamente la misma suma, siempre por el proyecto de la mayoría tenemos diez mil hombres, y por el proyecto de la minoría estos diez mil hombres irán aumentando progresivamente, y al cabo de diez años tendremos cien mil, en vez de los diez mil.

Se me dirá, ¿por qué? Porque la minoría de la comisión establece que todos los ciudadanos han de pasar bajo banderas.

Un señor diputado—¿Qué contradicción!

Sr. Coronado—¿Cómo contradicción? Puede ser ella de opiniones; pero

la contradicción no puede ser de hechos.

La mayoría de la comisión establece una enseñanza de tres meses y la minoría establece un servicio de seis meses. El miembro informante de la mayoría ha dicho bien claro cual va á ser la enseñanza de los conscriptos durante los tres meses. A las 9 de la mañana toca la campana en la escuela, suena la hora de entrada á la escuela; estos conscriptos, los militares, concurren á esa hora: á las 4 de la tarde, suena otra vez la campana y se van de la escuela á su casa. ¿Pueden estos ser soldados en tres meses?

Sería lo mismo, señor presidente, que volver á los ejercicios doctrinales.

No, yo sostengo que siempre, aun cuando fueran estas reservas aumentando poco á poco, siempre tendríamos los diez mil hombres del ejército de línea.

Ahora bien: hay otro principio fundamental de la guerra, y es que la juventud es la que debe ejercitarse en las funciones de la misma; ha sido brillantemente dicho por el señor diputado por Buenos Aires, cuando decía de la juventud, repitiendo las palabras de Von de Holtz: estos jóvenes no han subido la montaña y no saben lo que se encuentra del otro lado. Si la juventud es la que encarna el entusiasmo, que engendran los héroes, los hombres despreocupados de la vida, que entregan sus fuerzas y energías á la nación, ¿por qué no ha de ser la juventud la encargada de la guerra, tanto más cuanto que los hombres de veinte años no han formado todavía sus hogares, y todos los señores diputados saben cuánto liga á la vida los hijos y las demás obligaciones de la familia?

Se asegura, señor presidente, que estos soldados no sirven absolutamente para nada, porque no tienen el espíritu de cuerpo, y se hace depender del número del batallón el espíritu de cuerpo.

Es cierto, señor presidente, que para los hombres que no tienen mayores conocimientos, que no saben que la patria es el sitio donde reposan las cenizas de sus mayores, donde están los anhelos de su corazón, sus amores, sus hijos, etc., etc., plantarles el número de un batallón, es, sin duda alguna, una buena manera de hacerlos patriotas.

Pero, señor presidente, ¿acaso la juventud argentina necesita conocer el número de su batallón para ser patriota? No, señor presidente. Si mañana el Presidente de la República reuniera un batallón de conscriptos en la plaza de

Mayo y le diera la bandera de nuestro glorioso 11 de infantería de línea, ¿qué harían los conscriptos? La abrazarían con amor, porque ellos saben que esa bandera fué llevada á la victoria por Las Heras, por Dehesa y Alvarado y se convertirían en sacerdotes conservadores del fuego sagrado del patriotismo. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Iriondo (M.)—Como el orador se encuentra fatigado y la hora es avanzada, haría moción para que se levantara la sesión.

Sr. Lacasa—Sería mejor pasar á cuarto intermedio, para no interrumpir los trabajos de la cámara.

Sr. Presidente—Conviene levantar la sesión, para labrar el acta de la anterior.

La cámara resolverá.

—Se vota si se levanta la sesión, y resulta afirmativa.

—Son las 5 y 45 p. m.